



## Para transformar hay que transformarse primero: la toma de riesgos en educación

*To transform you must first transform: risk taking in education*

### Autores

✉ <sup>1</sup>Tany Giselle Fernández Guayana



<sup>1</sup>Corporación Universitaria Minuto de Dios

### Como citar el artículo:

Fernández Guayana, T. G. (2024). Para transformar hay que transformarse primero: la toma de riesgos en educación. *Revista Cognosis*, 9(1). <https://doi.org/10.33936/cognosis.v9i1.6197>

Enviado: 2023-10-26

Aceptado: 2023-12-19

Publicado: 2024-01-06

### Resumen

El ejercicio de la docencia hoy nos reclama ir más allá de las formas convencionales de la educación. No sólo se debe atender a los requisitos académicos y laborales que nos son exigidos, sino que también debemos responder a un ejercicio pasional: padecer con el otro. Ese dejarse tocar por la epifanía del rostro de los estudiantes bien nos lo ilustra Javier Herrera Cardozo Doctor en Educación, pero ante todo maestro. Con 35 años de experiencia en el campo educativo abarcando desde la educación básica hasta la educación superior, este profesor nos comparte algunas experiencias vividas de su tránsito como maestro que nos hacen reflexionar sobre la identidad docente. Durante la entrevista, nos podemos contagiar de narraciones colmadas de sentido, afectividad, pasión y responsabilidad, y a su vez, de una gran calidad literaria. Estas anécdotas abordadas desde un enfoque epistemológico nos invitan a la pedagogía desde otros lenguajes, a encontrar la voz propia y a acoger la fragilidad del otro.

**PALABRAS CLAVE:** Educación; Responsabilidad; Docente apoyo; Vínculo; Identidad.

### Abstract

The teaching job today calls us to go beyond the conventional forms of education. Not only must we meet the academic and work requirements that are demanded of us, but we must also respond to a passionate exercise: suffering with the other. That letting himself be touched by the epiphany of the students' faces is well illustrated by Javier Herrera Cardozo, PhD of Education, but teacher. With 35 years of experience in the educational field, ranging from basic education to higher education, this teacher shares with us some experiences of his journey as a teacher that make us reflect on the teaching identity. During the interview, we can be infected with narratives full of meaning, affectivity, passion, and responsibility, and in turn, of great literary quality. These anecdotes approached from an epistemological approach invite us to pedagogy from other languages, to find our own voice and to accept the other fragility.

**Keywords:** Education; Responsibility; Teacher support; Bond; Identity



## INTRODUCCIÓN

La educación puede ser una de las profesiones que más responsabilidad conlleva hasta el punto de que una palabra, un gesto o una mirada pueden dejar marcas indefinidas. De hecho, guardamos en el recuerdo las palabras, las acciones y actitudes que nos generaron alegría o, por el contrario, las que nos hirieron o nos minimizaron y que lamentablemente, provenían de nuestros profesores (Fernández y Orrego, 2020).

Tanta es la influencia de un maestro que éste deja huellas imborrables. Los docentes somos más que enseñantes. Nos convertimos en el oído que escucha, el brazo que abraza, la boca que dice “te quiero” (Fernández, 2019). Los maestros nos transformamos entonces en mirada: una mirada que acoge al otro (estudiante), una mirada que en su reflejo recuerda que el Otro existe y que el mundo no sería el mismo sin éste (Skliar, 2008). Ejemplo de ello son las anécdotas del maestro Javier Herrera Cardozo, quien nos demuestra que educar no se limita al ejercicio academicista, porque jamás se olvida que los estudiantes frente a nuestros ojos nos están dejando el legado de su testimonio como rostro (Bárcena y Mèlich, 2014). En ese orden de ideas, esta entrevista profundiza de manera fenomenológica el sentido de la profesión de educar destacando la dadivosidad y la entrega que son inherentes a esta labor y que, de no asumirla, nos estaríamos negando a nosotros mismos como educadores.

Sobre el entrevistado Javier Herrera Cardoso es nacido en Neiva-Huila, Colombia. Es maestro, investigador, experto en escritura académica y científica. Doctor en Educación de la Universidad de Baja California, México. Magíster en Educación del Tecnológico de Monterrey, México. Especialista en Lectura y Escritura de la Universidad de San Buenaventura, Colombia y Licenciado en Educación Básica de la Universidad de Santo Tomas, Colombia. Desde al año 1988 se ha desempeñado como profesor en los niveles de preescolar, director de curso en 3°, 4° y 5° de básica primaria, profesor de secundaria, profesor de educación para adultos y profesor universitario. Ha sido coordinador de básica primaria. Recibió mención de honor del Premio Compartir al Maestro en el año 2005. Ha publicado dos libros sobre educación, ponencias, capítulos de libros y artículos de investigación. Actualmente, es el editor de la Revista Neuronum. También, se desempeña como profesor de la Universidad de La Sabana en las asignaturas Competencias Idiomáticas Básicas en pregrado y proyecto de grado en la Maestría en Lingüística Panhispánica. Es par académico de revistas nacionales e internacionales.

## DESARROLLO

Tany Fernández: Estimado Javier, gracias por aceptar esta entrevista. Iniciemos hablando sobre alguna experiencia que haya tenido, donde algún estudiante lo desestabilizó tanto que generó una transformación en usted.

---

Javier Herrera: La primera experiencia que se me viene la cabeza es la siguiente: mi primera vez siendo profesor en un colegio público de Bogotá. Eso fue en el año 2005, es decir, hace 18 años a la fecha y en un contexto muy diferente al actual. Llegué allí después de haber finalizado mi contrato con la institución privada donde trabajé por cinco años. Recuerdo bien que este colegio lo manejaba una fundación por concesión .

Me asignaron como director de curso del grado 3° de primaria. Reconozco que para mí fue un cambio brusco porque llegué a un ambiente donde había 45 estudiantes cuando antes tenía a mi cargo 20. También, pude darme cuenta del desorden en que se encontraba el aula. Cuando llegué apenas vi mi aula de refilón y era un total desastre: los chicos corrían por todas partes y había algunas mesas y sillas en el piso. No pude detenerme en ello, porque como llegué al medio día, tuve que asumir el refrigerio de los estudiantes. Por si fuera poco, también fue un desorden: vi frutas volar de un lado a otro y de repente, noté que un estudiante me lanzó una granadilla a la cara, pero alcancé a esquivarla porque la giré hacia el lado contrario, así que la granadilla quedó totalmente aplastada en el tablero.

Ante tal situación, de inmediato les dije a los estudiantes: “¡No, así no hay comida!” y los chicos salieron despavoridos a contarle a la trabajadora social y al rector. Se quejaron afirmando que yo les estaba quitando el derecho a su refrigerio . Cuando llegó el rector de inmediato manifestó que mi actitud era agresiva. Así que sin escatimar nada le exclamé: “Si usted me desautoriza ante los estudiantes ahora mismo, yo me voy ya de aquí, además ¿me habla de agresión? Si un estudiante me ha tirado una granadilla al rostro -la verdad es que yo vi quién fue el estudiante que lo hizo, pero no dije nada en el momento-.

Luego del refrigerio, nos dirigimos al salón de clase . Lo primero que me aturdió, además del desorden, fueron las 45 carpetas para el proyecto de aula todas incompletas y desorganizadas, con hojas por fuera, papeles de todos los colores y mezcladas. El desorden se respiraba por todas partes. Yo ni corto ni perezoso, empecé a hacer lo mismo que ellos: lancé los materiales que había en el salón y las carpetas al piso y puse el salón “patas arriba”. Nuevamente los estudiantes salieron corriendo donde el rector con la nueva de que yo estaba loco. Cuando llegó el rector me miró y me dijo que cómo les va a hacer eso. Yo solo le dije: “pues a ellos les gusta vivir en el desorden, pues vamos a vivir todos en el desorden”. El salón quedó vuelto nada ese día. Ese fue mi primer día de trabajo.

La cuestión aquí es que tanto el rector como la trabajadora social, ya me estaban poniendo problema hasta que les dejé claro que si me seguían desautorizando ante los estudiantes renunciaba, porque a la larga sabía que otros dos profesores renunciaron antes de mí para el mismo cargo y curso. Tuve conocimiento de que nadie duraba más de una semana con ese grado tercero. Así que se quedaron callados y ya puertas adentro de mi salón de clase empecé con lo mío: “bueno, ustedes se van a encargar de organizar todo esto y hasta que no se organice, no vamos a empezar a hacer nada”. Obviamente, se demoraron toda la jornada organizando el aula, el mobiliario y los materiales. Al otro día, llegué y el salón estaba muy ordenado, así que comencé mi jornada, pero eso sí, a penas los estudiantes empezaban a salirse de control, yo me acercaba al estante de las carpetas y los materiales como para tumbarlo todo y ahí se calmaban.

Ahora bien, resulta que no había podido iniciar clases de manera formal por lo mencionado anteriormente, y cada vez que quería iniciar, ya era medio día y tocaba repartir los refrigerios. Yo venía de un colegio privado donde la exigencia académica era diferente y al ver las dinámicas de estos niños me planteé la posibilidad

de trabajar desde cero. Me refiero a empezar con los hábitos y a responsabilizarlos en su aprendizaje. Lo que sucede es que cuando empezábamos una actividad se demoraban muchísimo y solo esperaban la hora del refrigerio. Así que me tocó acudir al conductismo, que no es del todo malo. Entonces antes de dar el refrigerio miraba a cada uno y le decía: ¿usted qué ha hecho, nada?, pues entonces no le doy refrigerio. Lamentablemente, me tocó acudir a estas tácticas porque los estudiantes presentaban muchas falencias. Considero que nada en la vida es gratis y nada se gana sin esfuerzo. Así duré varias semanas, incluyendo requisición en las maletas y vestuario por navajas, cuchillos o demás elementos cortopunzantes que algunos estudiantes llevaban a la clase. Conviene aclarar que, a pesar de ser estudiantes de grado tercero tenían entre 10 y 11 años.

Paralelo a esta anécdota, en ese curso había un chico que se la pasaba molestando. Recuerdo que un día llevó un balón al colegio, mientras estábamos en clase y para que no interrumpiera las actividades le dije: “venga yo se lo cuido mientras salen al refrigerio” y de repente me dio un puño en la cara, el cual lo sentí con intensidad y con un hormigueo, hasta que se me inflamó el pómulo. Veía a ese estudiante bien pequeño por el golpe y también por la rabia que sentí, pero en mis adentro me decía: “¿con este chino yo me voy a meter? Así que le respondí: “Usted no sabe que cuando a un hombre le pegan en la cara uno reacciona?”, y me responde: “¿Qué, no le gustó o qué?” e inmediatamente, se dispuso en posición de pelea. Tuve que dejar las cosas así.

Mientras los demás niños de tercero empezaban a regularse, resonaba siempre en mí este chico en particular. No mejoraba nada y tampoco hacía nada. Yo notaba que él tenía aptitudes para el arte, pero empezaba una cosa y se agotaba muy rápido. Entonces, se paraba de su sitio y empezaba peleas con sus compañeros. De hecho, andaba agarrado con todos.

Por otra parte, con los demás del grupo observé un atraso monumental. Eran niños de tercero, pero para entonces no sabían escribir ni siquiera su nombre. Así que tuve que empezar desde cero nuevamente a enseñarles a escribir. Como dicen por ahí con “bolita palo, bolita palo y otros ejercicios de grafomotricidad”. Utilicé con ellos los cuadernos para hacer planas a partir de sus nombres. Imagínese que todos días salía para la sala de profesores con los 45 cuadernos a escribirles una plana de escritura para cada uno. Me acuerdo de que en esos días mis compañeros de trabajo exclamaban: “¿Usted para que se mata por ellos? No vale la pena”. “¡No! Ellos tienen que aprender a leer y a escribir de alguna manera, aunque sea su nombre”, les respondí.

Tany Fernández: Interesante historia, allí ¿Cómo antepuso a sus estudiantes antes que usted?

Javier Herrera: He de mencionar que desde que entré a este colegio, mi intención fue que los estudiantes progresaran así yo tuviera que hacer sacrificios y arriesgarme. Algo particular que sucedió con esta anécdota, es que yo no le hice caso al rector a pesar de que en varias ocasiones me llamó la atención cuando hacía actividades que para él no eran académicas. Eso era lo de menos, lo realmente importante para mí eran los muchachos que tenía, porque yo sabía que con ellos se podía hacer un cambio. Considero que en esa institución dejé un precedente, debido a que me rebelé en varias ocasiones para hacer las cosas diferentes: organizaba turnos para que salieran a lavarse las manos y la cara, hacíamos experimentos para separar la sal

---

del agua, medíamos las baldosas del salón, salían a dibujar los árboles del colegio, cantaban y escuchaban música clásica, todos los días leían y les tomaba la velocidad lectora y hasta les enseñé a bailar vallenato y salsa.

De hecho, recuerdo que hubo un momento que a los estudiantes más difíciles empecé a dejarles encargos como repartir el refrigerio. Lo curioso es que se volvieron más estrictos que yo. Un día les dije: “Ojo, el que se cole en la fila o no se coma su comida completa, no le da postre”. Y desde entonces entre ellos empezaron a autorregularse, especialmente, porque los monitores se quedaban con el postre o los postres de quienes no seguían las reglas. Eso sí, rotaba a los monitores para que todos tuvieran la oportunidad de ejercer el rol de líder. Con el tiempo logré que el curso se manejara por sí solo en el refrigerio, es decir que ellos autónomamente se servían, comían todo y dejaban el resto en su lugar. Como verá, el curso estaba mejorando, pero el estudiante del que le hablo, no. Siempre lo vi rígido y de a poco logró escribir su nombre, pero seguía haciendo de las suyas.

Tany Fernández: Javier, con este pupilo en particular ¿Qué preocupación le generó?

Javier Herrera: Este estudiante se la pasaba peleando. Los demás estaban avanzando, menos él, así que me cuestionaba ¿cómo hago yo para llegarle, para que no deje la escuela y no ingrese a una de las pandillas del barrio? Él me preocupaba, porque de todos, era el único que no rendía, no cambiaba y seguía con su misma actitud retadora y pendenciera. Yo quería que él mejorara. Así que tuve que revisar estrategias diferentes. Para que aprendiera a escribir lo motivé por el lado del amor porque era coqueto. Resulta que la chica a quien le escribía me mostraba las cartas, las cuales, aparte de hablar cosas cursis, estaba plagada de errores. Así que me acerqué a él y le dije: “usted cómo le va a escribir esto a la chica que le gusta, así no va a conseguir nada”.

Por si fuera poco, tuve también que ponerme en la tarea de revisar el aseo personal. Este estudiante tampoco se bañaba y así iba a espantar a esa compañera que le gustaba. Los demás compañeros se alejaban de él no solo por su agresividad, sino también porque olía feo. Así que tuve que hacer rondas y devolver a los estudiantes a sus casas para que se bañaran. Nadie entraba al salón si no llegaba limpio. Yo me sentía como la mamá, el papá y hasta el revisor fiscal de todos, pero no me molestaba. Con el tiempo, ellos fueron acercándose a mí y descubrí que la mayoría de mis estudiantes no tenían figura paterna, por lo tanto, sus madres eran la cabeza del hogar.

Entonces cité a reunión de padres para hablar del tema. Sus características fueron notorias a la vista, eran padres humildes que no tenían mayores recursos y de estratos 0 y 1, pero comprendieron mi postura. Se les indicó la importancia de llegar al aula limpios y arreglados, pero también en mantener las prácticas del aseo durante la jornada escolar. Así que les propuse unirnos para comprar un galón de jabón de manos para mantener el aseo entre todos. Eso permitía que los niños se lavaran las manos y el rostro. Luego pudimos comprar dispensadores y servilletas. Nuestro salón se convirtió luego en el aula “caché” de la institución. Por mi parte, tuve que agregar otros elementos como betún porque el estudiante del que le hablo, ni por más conversaciones, pudo mejorar su aspecto, así que fui yo quien comenzó a embolarle los zapatos y a arreglarlo.

Tany Fernández: Me intriga saber ¿por qué hacía eso si no le correspondía en su labor como maestro?

Javier Herrera: Yo hacía todo eso, primero porque considero que con la educación se puede cambiar. Es que

yo crecí como ellos, con sus mismas condiciones y si no hubiera sido por la educación no estaría aquí. Si yo pude, ¿por qué ellos no?, si esos muchachos se educan bien, pueden salir del ambiente donde se encuentra y buscar otros rumbos con nuevos horizontes. Mi intención con la educación, en este caso particular, era salir de donde se encontraban, no terminar condenándolos a que sean más pobres. Yo les compartía a ellos sobre mí y les indicaba que el hecho de ser pobre no significa que debían andar sucios o ser desordenados, tampoco significaba inútil o sin capacidades de aprender. Creo que eso fue indispensable para que ellos fueran cambiando.

Sobre el chico complicado, pude notar que era el más resistente al cambio. Así que llamé a la mamá y le pregunté qué pasaba. En la reunión ella confesó que su hijo mayor pertenecía a una pandilla y que su hijo menor (mi estudiante) estaba siguiendo sus pasos por ser la imagen que seguir. Así que volví a convocar a una reunión con el hermano mayor y la mamá para hacerles una propuesta. Les dije entonces: “¿Ustedes le han celebrado alguna vez el cumpleaños a R ?, respondieron que nunca. Entonces les propuse realizar una fiesta de cumpleaños con el curso de 3°. Yo asumí la responsabilidad de los permisos para realizarlo, porque el rector no me daba el aval, así que tuve que escalar el tema a otras instancias. Por su parte, la mamá de R conseguía el pastel, la bebida, en este caso la gaseosa y la decoración.

Se me ocurrió acudir a esta actividad porque pude notar que a R le hacía falta cariño. Pensé que todo esto podría ser ganancia para él, para que flexibilizara y se dejara formar. De manera que en secreto preparé a sus compañeros para que le hicieran tarjetas y llevaran regalos. Llegó el día de la fiesta y con plena conciencia solicité que R llegara tarde. Preparamos el salón con la decoración, el pastel y la música. Cuando por fin entra todos gritamos “¡Feliz cumpleaños!”. No se me olvida la expresión en el rostro de R... se puso a llorar. Y lo primero que hizo fue correr a abrazarme [Javier solloza]... y yo le correspondí con otro abrazo. Luego, pasaron los compañeros a entregarle los regalos y las tarjetas. Yo creo que fue la primera fiesta donde el curso vivió el compañerismo y aprendieron a convivir en grupo. De ahí en adelante se celebraron los cumpleaños de otros estudiantes en el salón.

Pues bien, parece que mi estrategia resultó. En efecto, celebrarle el cumpleaños a R fue el motor para que cambiara y finalizara su año escolar bien. Este estudiante no sólo mejoró su rendimiento académico, sino que cambió conmigo, estaba más cerca de mí. Su rebeldía continuaba, pero se dejaba orientar.

Tany Fernández: Me ha contagiado las lágrimas Javier, observo que usted tuvo un impacto muy grande en la vida de ese estudiante ¿Siguió entonces en contacto con él?

Javier Herrera: Como no continuaba con el curso en el siguiente año, la mamá de R D me pidió ser el padrino de su primera comunión. Acepté. Desde entonces yo estuve pendiente de él más allá de lo escolar, le abrí una cuenta en la cafetería del colegio para que pudiera pedir lo que quisiera en el recreo, también lo acompañé cuando su mamá murió a causa de un accidente de tránsito. ¿Sabe qué es lo curioso?, días antes de su muerte ella vino a hablar conmigo y me expresó las siguientes palabras: “ay profe, yo le encargo a mi hijo”. Y vea lo que pasó. Por suerte, en el entierro de la señora apareció el hermano mayor -de quién no volví a saber anda- y su padre. Así que en la conversación que tuvimos se decidió que el padre iba a hacerse cargo de R.

Eso fue primordial para él porque el papá tenía mejores condiciones de vida, vivía en un barrio mejor donde el ambiente era agradable, de hecho, lo cambiaron de colegio. Yo seguí en contacto de R. Lo llamaba en sus cumpleaños y lo invitaba en compañía de mi hijo para comprarle ropa u otras cosas que necesitara. La última vez que hablamos supe que terminó el bachillerato y que se iba a prestar el servicio militar. De esta experiencia algo que me brinda felicidad es su cambio hasta el punto de llamarme “padrino”. Lo consideré como un hijo, y los gastos que yo hacía eran con cariño y desprendimiento. No volví a saber más de él, pero sé que debe estar bien y es un ciudadano de bien con una vida normal.

Tany Fernández: Muy bella historia, ya debe ser todo un hombre. Ahora bien, me causa curiosidad cómo le afectó ese encuentro a nivel personal y profesional a usted.

Javier Herrera: Yo aprendí varias cosas. Entre esas que uno no debe juzgar a nadie porque uno no sabe en quién se convertirá a futuro. A veces como maestros terminamos etiquetando a los demás lastrando su futuro. La verdad es que yo considero que todos los niños y jóvenes tienen la oportunidad progresar. Eso significa que, con educación, si hay cambio. No me arrepiento de haber hecho todo lo que hice a pesar de ir en contra de los dictámenes del Rector. La verdad, es que lo que me daba tranquilidad era saber que no arruiné una vida. Tuve grupos de estudiantes muy grandes, no pude llegar a todos, pero si a uno, y ese uno podía llegar a muchos otros. Por lo menos con la dedicación a ese uno, ya evito que fuese un chico de calle, un atracador, un pandillero o quién sabe qué más. Los docentes no debemos solo dedicarnos a los buenos estudiantes. Nuestra labor primordial está en la dedicación a los difíciles, los buenos caminan solos. Esa es la responsabilidad del profesor, porque el que está mal termina siempre solo y no puede ser así.

Otra cosa que me dejó esta experiencia fue la siguiente: yo sabía que estaba en juego mi salario y permanencia en la institución cuando me rebelaba ante el Rector, también cuando dejaba el gasto libre en la cafetería para R. Pero con el tiempo me desprendí de ello. R nunca abusó pidiendo más de lo necesario en el recreo, por el contrario, me preguntaba si estaba bien lo que él seleccionaba. A mí no me preocupaba el gasto de ir a comprarle ropa porque en ese entonces su mamá no tenía la posibilidad. Con el tiempo aprendí también a verlo como una persona que necesitaba apoyo, solté prejuicios y asumí un rol de cuidador. Yo no era su padre, pero nuestra relación docente apoyo-estudiante permitió que él progresara. Era un riesgo, pero me arriesgué.

También considero que la entrega fue indispensable para lograr los cambios. Me refiero a que entregué mi paciencia, porque hubo ocasiones donde no solo la indisciplina era el problema, sino que también recibí golpes y amenazas. Puse mi fuerza de voluntad y compromiso para motivarme cada día a querer hacer las cosas bien, así eso implicara sacrificios extras de tiempo laboral, emocionales, económicos y relacionales laborales de mi parte. Entregué la escucha para dejar de juzgar y profundizar qué pasa con los estudiantes, luego de eso si se establece el plan de acción pedagógico. Algo importante aquí fue comprender el “espacio vital” porque los estudiantes de estas condiciones se sienten invadidos en sus formas de ser y estar, así que uno debe saber acercarse a ellos.

Finalmente, aprendí a dejar de utilizar un solo estilo académico. Para las experiencias compartidas, tuve que retornar a prácticas de preescolar con estudiantes de 3° grado. Trabajé planas y en los hábitos de higiene, porque si ellos no aprendían lo básico, iba a ser muy difícil que avanzaran en lo personal y escolar. También, tuve que utilizar estrategias conductistas para que trabajaran bien y terminaran las actividades, como el uso

del cronómetro, premios y correcciones. A veces uno piensa que la educación es sólo lo académico y resulta que en ocasiones hay que ir por otra ruta. Eso sí, fue indispensable quitarles el estigma de que por ser pobres no podían ser inteligentes o que por ser pobres tenían que ser sucios. Todos tenemos el mismo cerebro para aprender: No hay cerebros para ricos, ni cerebros para pobres.

Tany Fernández: Qué bonito es esto que nos comparte. Es triste pensar que no todos los docentes se dejan tocar por sus propios educandos para transformar sus realidades, mucho menos para transformarse así mismos. De lo que se pierden ¿cierto? Gracias Javier por permitirnos conocer sobre su labor como maestro.

Javier Herrera: Ha sido un placer. Sus preguntas despertaron memorias y emociones olvidadas que hoy me recuerdan lo maravilloso que es ser maestro. A usted muchas gracias

## CONCLUSIONES

Sin lugar a duda, la educación posibilita un constante cambio. Las anécdotas de Javier Herrera demuestran que en medio de la relación de un yo y un tú, son dos quienes salen distintos, cambiados, transformados. Es por esa razón que en la responsabilidad educativa surge una respuesta ética ante el Otro porque se hace una ruptura de los prejuicios que limitan y ocultan al Otro, a fin de cambiarse a sí mismo (Lévinas, 2014). De esta manera, Javier logra arriesgarse a fin de lograr su mejor versión.

Transformarse para el Otro requiere entonces de una total sensibilización por dejar los estigmas que alejan al Otro del encuentro educativo (Ochoa et al, 2023). El maestro Herrera revela la fragilidad de sus estudiantes que han sido opacadas a causa de las circunstancias de las cuales no son culpables. Revelar significa para él acoger la humanidad desde su más desnuda presentación reconociendo que en el proceso se pueden cometer equivocaciones, pero se está dispuesto al aprendizaje para corregir.

Estas dos experiencias, también demuestran el genuino interés por cambiar. Una vez se dejan de lado los prejuicios que invisibilizan a los estudiantes de 3° grado y a R surge en Javier las ganas de cambiar, tanto a nivel profesional como el personal. De esta forma, surge la flexibilidad: para cambiar de actitud frente a la forma como se manifiesta el estudiante; para cambiar las formas pedagógicas preestablecidas adecuándolas a las particularidades del Otro y a las circunstancias reales del contexto.

Ahora bien, en la medida que Javier se encuentra dispuesto al cambio, es capaz de actuar sin medida, es capaz de tomar decisiones contundentes, es capaz de agotar los recursos y, es capaz de hacer todo lo que está a su alcance por la formación e integridad de sus estudiantes. Para el maestro Javier Herrera, transformarse para el Otro implica la vivencia de un riesgo, es decir un arriesgo para el Otro. Gracias a ello se atreve a hacer cosas

que jamás pensaba con tal de dar una respuesta a la demanda del rostro del Otro (Larrosa, 2010). Lo que menos importaba era contar con la aprobación de los demás agentes educativos, porque a larga para transformar y transformarse hay que apostar así no se tengan garantizados los resultados.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bárcena, F. y Mèlich J.C. (2014). La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad. Miño y Dávila.

Fernández, T.G. (2019). La docencia universitaria una experiencia del encuentro. Vitam Revista de Investigación en Humanidades Año V (3), pp.27-44 <https://revistavitam.mx/index.php/vitam/article/view/31>

Fernández, T.G. y Orrego, J.F. (2020). Aproximación a los sentidos que los profesores le otorgan a su responsabilidad educativa. En *Revolución en la Formación y Capacitación para el Siglo XXI* (3ª ed). Vol. I Editorial Instituto Antioqueño de Investigación. DOI: <http://doi.org/10.5281/zenodo.4266554>

Larrosa, F. (2010). Vocación docente versus profesión docente en las organizaciones educativas. Revista REIFOP, 4(13), pp. 43-51 <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3675464>

Lévinas, E. (2014). Alteridad y trascendencia. Arena Libros

Ochoa, L. P., Torres, F., Pinto, A. P., Nova, H. E., Fernández, T. G., & Díaz, Y. T. (2023). Experiencias transformadoras del sentido de vida mediante la labor docente. *Revista Cognosis*, 8(2), 27–40. <https://doi.org/10.33936/cognosis.v8i2.5794>

Revista Semana. (2019, febrero, 3). La nueva ola de colegios en concesión. En *Educación*. <https://www.semana.com/educacion/articulo/colegios-en-concesion-en-bogota/601218/>

Secretaría de Educación (2019, febrero, 02). Programa de Alimentación Escolar del Distrito Capital. En la Secretaría de Educación Bogotá. [https://www.educacionbogota.edu.co/portal\\_institucional/gestion-educativa/descripcion-alimentacion-escolar](https://www.educacionbogota.edu.co/portal_institucional/gestion-educativa/descripcion-alimentacion-escolar)

Skliar, C. (2008). El cuidado del otro. Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente.